

VILLACARRILLO COSTUMBRISTA

EL CINE COLISEO ESPAÑA

La débil claridad despedida por las cuatro farolas colgantes de la sombría fachada, emparejadas a ambos lados de la puerta principal, resalta débilmente el letrero, "Coliseo España", rotulado en la pared, encima de ellas. No llega la ambigüedad de su luz a levantar la semipenumbra de la calle, intensa por más, rayando la oscuridad en la inmediata Era de la Rubia; se difumina el antiguo ejido en el entorno de penumbra que dejan caer las sombras de la noche, vestido de soledad. Con sorpresiva precipitación se abren a la calle las cuatro puertas del edificio y escapa, derramándose por el empedrado, la pálida luz arrojada por la iluminación del vestíbulo; camuflada, desaparecida a los pocos segundos por el ingente número de espectadores que abandona la sala tras la proyección de la última función de cine. Arrebuados en gruesos abrigos, orientan sus pasos calle arriba o calle abajo, o atraviesan la Era de la Rubia y se pierden por el Toledillo o por Méndez Núñez, de tal forma que en varios minutos devuelve la bulla el silencio y el entorno recupera su soledad primaria. Se agota la luz de las farolas, las puertas se hermetizan y el edificio se mimetiza en el entorno de sombras y silencio. Mañana otras funciones traerán más gente, más personas que tienen en este espectáculo el único divertimento, la única expansión; la mediatización televisiva queda lejos por su carga tecnológica inaccesible y por su valor económico inasequible.

La musiquilla estridente lanzada por el altavoz asomado a la calle, instalado sobre la puerta principal, anuncia la inmediata proyección. Cuando calla, su repentino silencio revela el comienzo de la función y entonces se aviva el paso de los tardíos que aligeran presurosos, se impacientan frente a la taquilla y se colocan con prontitud en la cómoda placidez de la butaca.

Ignacio Jiménez Pulido, el taquillero, humedece el dedo gordo de su mano derecha, inclina la cabeza sobre los rosados tacos de entradas, extendidos ante él, y mira al parroquiano por encima de las gafas que se despeñan por su nariz: "¿Cuántas?". Y va cortando las entradas de uno u otro taco: de una en una, por pares o de tres en tres. "Dos de la fila doce, de pasillo" "Tres de la fila dieciséis" ... Las dos taquillas se asoman a la calle, una expende las localidades de butaca y la otra las de general o gallinero. Entra y sale Agustín de la Paz Parra, administrativo de la empresa, en auxilio del taquillero ante la repentina afluencia de público. Se escucha el reiterado "pom pom... pom pom ... pom pom ...", que produce la estampilla fechadora al mojar la tinta en el tampón Pelikán y al calendar, con su huella, el taco de las entradas.

Al levantar la pesada cortina que cubre la puerta de entrada a la sala, una primera sensación invade el sentido del olfato: el aroma que va dejando tras de sí un hombre de pelo blanco atusado, Rafael Ruiz García, al que conoce la chavalería como "Tirolique", en su recorrido por los pasillos y filas de la sala, esparciendo un alomado ambientador que fluye atomizado, al accionar el gatillo del dispositivo pulverizador añadido a la botella de plástico, que contiene el líquido aromático. La magnitud de la sala abruma. A la izquierda, la gigantesca pantalla de proyección permanece oculta tras un majestuoso cortinaje de terciopelo granate, que se abre bamboleante al chirrido lastimero de las carruchas que lo pliegan, preámbulo iniciativo a la proyección. De este terciopelo granate se tapiza el medio millar de butacas que componen el aforo, procedentes del siniestrado Cine Quevedo, y las cortinas de acceso a la sala. Para evitar que la resonancia mate el sonido, las paredes están cubiertas por unos grandes paneles de moqueta. Un

zócalo oscuro contornea el recinto, desapareciendo de cuando en cuando tras los radiadores; del entorno calorífico se aprovecha un habitual grupo de hombres en las localidades de platea, que disfrutan del calor de espaldas a los candentes hierros, hasta tanto comienza la proyección, momento en el que ocupan las butacas aledañas, a las que llega fácilmente la agradable radiación calórica.

Cinco enormes bombos de cristal blanco, dan al recinto su luz primordial y unos apliques laterales mantienen la perceptibilidad hasta el comienzo de la proyección de la película. Francisco Cruz Merino "Lucero", recoge las entradas a un grupo de muchachas, de una ojeada memoriza fila y número y tras un breve recorrido sitúa a las jóvenes, sin dudar, en el lugar exacto entre las quince filas que conforman la platea o patio de butacas. Al iniciarse la función y quedar el local en penumbra, la luz de su linterna le alumbró proyectada sobre el suelo del pasillo como un oscilante brazo indicador. Ahora se pierde Lucero tras el cortinaje para salir al vestíbulo y por la puerta contigua acompaña a otros espectadores a las localidades de la fila dieciséis, o a las dos filas posteriores, situadas las tres por encima del nivel de la platea, tras un breve murete. Otro muro, este más acusado, se eleva detrás de la fila dieciocho, separando otro nivel de localidades que comienzan en la número diecinueve. Los aseos se encuentran en la parte opuesta de la entrada: los de señoras próximos al escenario y los de caballeros junto a la última fila de platea. Tras la última fila de butacas, un nivel más arriba, comienza el gallinero, de paredes verdes y onduladas. Sus localidades son gradas de madera que ascienden hasta terminar en el fondo del recinto. Desde allí, a través de unas pequeñas aberturas cuadrangulares, surge la magia de las imágenes.



A las localidades de general se accede desde ambos lados de la sala: por las escaleras que suben desde el vestíbulo de butacas, traspasando una pesada puerta que al cerrarse golpea fuerte contra el marco y por su entrada habitual desde la calle, a través de un vestíbulo amplio salpicado de varios pilares, para girar a la izquierda por un húmedo pasillo de paredes desconchadas, hasta unas pinas y lóbregas escaleras que dejan atrás los malolientes urinarios destinados a estas localidades. En el vestíbulo funciona en algunas ocasiones un bar, alumbrado por la luz macilenta de varios bombos.

El control de la entrada de la chiquillería a las localidades de general está a cargo de Antonio de la Torre Grima, el portero; hasta hace poco se encargaba un hombre de menuda estatura, de gruesas gafas de cristal, apodado "Canana" y al que ahora por la edad, sustituye Grima. Antonio Álvarez es el portero de la entrada a las localidades de butaca. Con sumo esmero corta el extremo de las entradas, cuidando que quede bien visible la fila y la butaca a la que corresponde, para su posterior identificación por el acomodador; los papelillos restantes se escurren hasta perderse por la abertura de un menudo mueble de madera barnizada que, a modo de papelera, hay junto a él.

Antes de iniciarse la función iluminan la pantalla unos coloridos anuncios estáticos, testimonio publicitario de algu-

nos negocios y comercios del pueblo. "Fausto Montoro Martínez Gestiones Administrativas" "Luis Mengibar Tara Fabrica de Gaseosas y Helados Variados" "Bar Quevedo" "Cruz Celdrán Sánchez Alpargatería" "Tejidos "La Verdad" "Los Madrileños Perfumería" ..., así se va prolongando la exhibición hasta provocar la impaciencia del público.

Tres timbrazos y se inicia la función; caen las cortinas de las puertas de acceso y se extingue la apocada luz de los apliques. El taconeo presuroso, sobre el irregular entarimado del suelo, molesta a la concurrencia que pide silencio y al hacerse un centenar de crujidos tenuous, cada vez más persistentes, se alza en la sala conforme avanza la proyección. Proviene del multitudinario consumo de pipas y de cacahuetes de cáscara coriácea, las arvellanas, que dan lugar a un onomatopéyico cric cric, contrapunto indiferente, perfectamente asumido por la concurrencia. De este excesivo consumo hace prueba el recio manto que cubre el suelo de la sala. El crujido que produce el aplastamiento de este residuo, deja al descubierto al espectador que, por imperiosa necesidad, abandona su localidad durante la proyección.

En las ocasiones en las que la compañía eléctrica se lleva la luz o en otras en las que se detiene congelado el fotograma de la película que se proyecta, y fenece achicharrado después de formar múltiples

burbujas gelatinosas, queda la sala sumida en una profunda oscuridad; de forma inmediata surge una batahola que arranca en el gallinero y de la que se hace eco el resto de la concurrencia: voces, chillidos, pataleo, ..., para terminar con el canto de "La pelona está pelá...". Baja la intensidad de la algazara cuando surge la luz de un menudo fanal de butano que coloca Rafael Ruiz en el murete de la fila dieciséis, como faro de referencia ante cualquier eventualidad. Al sobrevenir tal guirigay es preciso que intervenga la autoridad, que para el caso la ostentan dos empleados municipales, dos alguaciles. Uno de ellos se encarga de esta vigilancia en la zona de butacas y el otro en la de general. Generalmente el guardia municipal que cumple este menester en las localidades de gallinero es Brígido Martínez Pérez, "Brígido". De pie junto a la puerta, con los pulgares de ambas manos entre el cinturón y la guerrera del uniforme; atento para llamar la atención a aquel que irrumpa perturbando el silencio, si bien cuando la algazara y pataleo suben de tono se vuelve impotente hacia la alborotada concurrencia y sentencia: "Nenes, callaros, que nos van a echar a tos".

Rafael Ruiz García "Tirolique", además de esparcir el alimonado perfume, también se encarga de colocar las carteleras, los carteles de madera que anuncian las funciones. En una se escribe, con una brocha menuda y en blancas letras grandes y gruesas, el título



de la película y en caracteres más pequeños la hora de la función y el precio de las localidades. La otra cartelera exhibe el cartel de la película. Se cuelgan en lugares ya prefijados: en una fachada de la calle Méndez Núñez, en las inmediaciones de la panadería Nueva; en la esquina del Paseo del Santo Cristo, en la fachada del bar de José, el de la Rosario; en la calle del Generalísimo, donde cruza esta vía con la de Vandelvira, enclave privilegiado que exhibe además fotos acartonadas de las secuencias más significativas de la película; para terminar en la fachada del que fuera Cine Quevedo, en la calle Primera Bandera de Córdoba. En un carrillo de mano tumba las carteleras y sustituye las que han anunciado películas ya exhibidas por las novedosas. Al terminar la operación Rafael empuja el carro y se aleja hasta que su menuda figura delgada, cargada de espalda se pierde calle abajo.

La cabina de proyección se encuentra en la parte más alta del edificio. Tiene su acceso por la misma puerta que sirve de entrada a las localidades de general. En el rellano hay una puerta estrecha, pintada de negro; tras ella se halla la cabina. De espaldas a la entrada, sentado ante una alargada mesa, aplicado en las operaciones de rebobinado, se atarea Luis Serrano Romero, el operador del cine; él se encarga del manejo de las máquinas de proyección y del equipo sonoro. Una penumbra débil, entre luz y oscuridad, reina en esta parte del cuarto. La claridad de una bombilla suspendida de una lámpara de brazo flexible, esclarece el trabajo del operador. La oscura visera sobre la frente le protege de la intensa claridad; unos manguitos negros le preservan las mangas de su camisa. Unas escaleras de madera, arrancan junto al extremo de la mesa, y rematan en la estancia en la que se encuentra la cabina de proyección, las máquinas, las enormes y poderosas Ossa. El extremado calor y el olor caliente, dulzón, de la maquinaria en funcionamiento, impresiona al entrar en la cabina. Un pequeño altavoz colgado de la pared, reproduce el sonido que se escucha en la sala. A la izquierda de cada máquina hay una pequeña tronera cubierta por un cristal transparente y tapada por una puertecita del mismo tamaño, que

descubre la pantalla y la mayor parte de la sala al deslizarse hacia la derecha. Luis avisa del inicio de la proyección al pulsar el timbre una vez, en la siguiente apaga la mayoría de las luces de la sala y proyecta sobre la pantalla anuncios estáticos, guardados en una caja alargada de madera dividida en ranuras, adosada a la pared junto a las máquinas. Al tercer timbrado, extingue la música del altavoz situado en el exterior del cine, indicando con ello el inicio de la proyección de la película.

Un chavalote, vecino de la calle en la que vive Luis Serrano, acude a la cabina cada noche, a la misma hora, con un cesto mimbrado que contiene la cena del operador; la última proyección se prolonga hasta pasada la media noche y en ningún momento puede abandonar el cuidado de las máquinas. Una tortilla francesa, un trozo de pan, fruta y un cazo con café con leche, componen su cena. Sirve de estímulo al chaval la invitación a subir a la cabina y ver desde las troneras la proyección de la película, si bien, queda al acecho de la presencia en la cabina de Vicente Sáenz, uno de los socios propietarios del negocio, que en varias ocasiones al hallarlo en tal tesitura, le obliga a abandonar la cabina impidiendo que disfrute de la proyección; por ello, de notar la súbita presencia, se desplaza raudo a la penumbra de la cabina donde permanece desapercibido, hasta que aquel la abandona. En otras ocasiones aguarda el chico, acurrucado tras la barbacana de la Era de La Rubia, frente al cine, con el cesto de la cena al lado, a que Vicente abandone la puerta de entrada a general donde charla con uno de los porteros, y cuando aquel se pierde calle abajo o en el interior del cine, cruza la plazoleta de una rápida carrerilla y sube las escaleras como una exhalación, sorteando con ello la expresiva señal que con el dedo le haría Vicente, al sorprenderle, indicando la dirección de la calle una vez cumpla su cometido.

En cada una de las puertas de acceso al templo parroquial de La Asunción, se coloca un pequeño tablón de madera oscura con la anotación "CENSURA". Una ficha alargada recoge la calificación

moral de las películas que se van a exhibir en el cine durante la semana. Cada título lleva al lado una numeración: 1, 2, 3, 3R, 4. Si la película está catalogada con un '1' es apta para todos; si es un '2', pueden ir a verla los jóvenes; con un '3', sólo mayores; con '3R', mayores con reparos y si la puntuación es de un '4', es considerada 'gravemente peligrosa'. También se aprovecha la puerta del templo para repartir a la salida de misa de doce, unos pequeños programas de mano o prospectos, conocidos comúnmente como "propertos", con el cartel de la película que se exhibe ese domingo. Se trata de unas hojas de dimensiones reducidas, algo más de trece por ocho, que anuncian en el anverso el cartel publicitario de la película, y en el reverso, que se entrega a la sala de proyección en blanco para su impresión: "Cine Coliseo España Domingo 21 de febrero de 1965 en funciones de 6, 8 y 10:30 de la noche estreno de la grandiosa película: Solo ante el peligro. Hoy, seguro que al curiosear en alguna caja de zapatos olvidada en un estante o entre las páginas de libros añosos, aparecerá alguno de aquellos programas, pequeñas joyas de incalculable valor sentimental.

Viejo Cine Coliseo España, hoy privilegiado al revertirte en tu sustancial naturaleza nacida de los primeros años treinta. Las imágenes proyectadas sobre tu elocuente pantalla permanecen entremezcladas, tejiendo una hilera de momentos encadenados, yacentes bajo el moderno remozado de diversidad que te ha cubierto. No por ello se desliga tu impronta de la memoria de varias generaciones que descubrieron en cada función ensoñadoras realidades e imposibles ficciones, mirándose afectiva y emotivamente en la trama conmovedora, o valerosa o hilarante, que invadía la oscuridad de tu sala; gente plural que también encubría, durante aquellas escasas horas, existencias penosas y rutinarias, bajo el señuelo de un mundo irreal y efímero que como tal desaparecía tras los últimos fotogramas de un "FIN" persistente, que al desvanecerse les devolvía a su usual realidad, tras el deslumbramiento doloroso de las luces encendidas.

Francisco Coronado Molero

